



UN VISTAZO A GUALACEO

FELIPE AGUILAR

Gualaceo, regado por el río Santa Bárbara, es uno de los cantones de la provincia del Azuay y está ubicado a 38 km de Cuenca, la capital. Este puede ser tan solo un dato referencial, imparcial y objetivo. Por lo tanto, no admite discusiones. Ya entramos en el terreno de la subjetividad y las opiniones el momento en que nos atrevemos, sin reservas, a afirmar que, potencialmente es el lugar del austro ecuatoriano con más ricas perspectivas turísticas.

Una aseveración tan rotunda requiere alguna argumentación. Y, hacia allá vamos. Creemos que Gualaceo puede ser, de cara al futuro, un sitio de atracción turística por aquello que sabemos todos: en un entorno privilegiado, con un clima de maravilla, es una pequeña ciudad apacible y serena sin el tumulto ensordecedor y, casi siempre, angustiado, de los grandes conglomerados humanos. En consecuencia, sin renunciar a los beneficios de la modernidad puede darse la atmósfera ideal para que se cumple el añejo deseo del poeta: “que descansada vida la del que huye del mundanal ruido y busca la escondida senda, por donde han ido, los pocos sabios que en el mundo han sido”. Está claro, en todo caso, que una ciudad que aspira a hacer del turismo fuente de riquezas. Requiere no de pocos sino de muchos sabios, léase turistas, para que dejen divisas. Para que establezcan una intensa actividad comercial. Para que sean nuevos promotores de sus atractivos. Para que retornen. Y, para que sumen siempre.

Esa suma solamente será posible cuando el habitante gualacense adquiera una cultura turística. Se eduque para vivir del visitante pero no para explotarlo. Se optimicen las vías de acceso. Se mejoren los diversos servicios que deben ser impecables. Se disponga de una infraestructura hotelera superior. Y, en fin, se piense tan solo en la imagen y en el impacto visual que pueda producir. Porque aquí sí vale la idea del amor a primera vista pues, un ambiente, un espacio, un paisaje, nos deja indiferentes o nos impacta para siempre, apenas lo visualizamos.

Por otra parte, al menos a nivel interno, la ciudad, las márgenes de sus ríos, sus pintorescos pueblos aledaños, ya tienen un pasado y una experiencia turística.

En efecto, durante algunas décadas, era ya un clásico y una costumbre inamovible que, desde Cuenca, se organice, el “paseo a Gualaceo”. Lo hacían las escuelas y colegios. Los huambras universitarios. Los clubes sociales. Las chicas en edad de aspirar. Los jubilados. Los que clausuraban un evento científico. Las organizaciones obreras. Las costañas cuando todavía se palpitaba y se gozaba el tiempo de monas. En fin, gente de todo pelambre, raza, creencia y condición social y profesional. Gualaceo era el destino obligado. Un día en Gualaceo era un día feliz. Conocer Gualaceo era conocer un valle paradisíaco de magia, color y maravillas. Es más, la gente high, compró terrenos, edificó casas, mejoró caminos e hizo del cantón el sitio predilecto para sus vacaciones. Habría que averiguar la razón por la que se cansaron. Lo cierto es que, en la década de los setenta, optaron por la Costa: Salinas, Playas, Jambelí, Atacames, fueron sus nuevos destinos. Finalmente anclaron en el valle de Yunguilla. Y ese sector cálido y no muy sano, es hoy por hoy, la Miami de los “cholo boys” cuencanos.

Sin embargo, hay que recordar que allá por los jubilados, delirantes y espectaculares años sesenta, se inició en Gualaceo la “Fiesta del Durazno”. Y, vale la nostalgia, el primero superó todo cálculo y toda expectativa. Artistas de calidad, juegos pirotécnicos, concursos, comparsas, desfiles, luces y góndolas en el río. Sin hipérbole, toda Cuenca se trasladó al cantón. Lo hizo con dificultades de novela. Es que la estrechez de las vías, la impericia de los conductores, la imprevisión de la Policía de Tránsito, la torpeza de mantener doble vía durante toda la jornada, formó unos embotellamientos eternos que, guardando las distancias, recordaba a la alucinante narración “La autopista del Sur” que, justo por esos días nada santos, publicaba el inmenso Julio Cortázar. Es que, detenerse cada cien metros, agotar todos los insultos, escuchar un sinfín de mentadas de madre, viajar tres horas para recorrer tan solo 40 kilómetros, morigeraba los ímpetus y adormecía los entusiasmos de los más pintados. La consecuencia fue más bien triste. El Dios Baco fue el invitado principal. Se empinó el codo más allá de toda prudencia, lo que



fue euforia desembocó en violencia verbal y de la otra, la alegría cuajó en ojos amoratados, gritos, histeria, bromas de mal gusto, chabacanería. En definitiva, todo se desbordó. Los organizadores asumieron, con valentía, una rigurosa evaluación y fueron, al paso de los años, decantando los excesos

Sin embargo, “desde entonces, ya no somos los mismos” El entusiasmo de las primeras horas languideció, incluso, según entendemos, con el episodio de la Josefina, que es quiérase o no un hito en el desarrollo de nuestros pueblos, la fiesta que nunca logró institucionalizarse, fue eliminada. Hoy, creemos, que es imperioso que se la rescate. Con cambios, con algunas enmiendas, pero manteniendo la esencia de la primera idea: un festival de la fruta que tenga como protagonistas a la confraternidad, las luces, la alegría, el buen humor.

El nativo de Gualaceo es persona siempre cordial, hospitalaria y fraterna. En consecuencia, puede y debe hacerlo. Golpeado por los impactos lacerantes de nuestro tiempo que afectan, sobre todo, a las ciudades pequeñas y a las zonas rurales: abandono de los campos, erosión de los suelos, crisis agrícola, migración interna y externa, la comunidad tiene que buscar nuevos caminos. Algunos de ellos comienza ya a recorrerlos: la industria del calzado, siembra y exportación de flores, particularmente unas orquídeas de excepción, una ganadería todavía incipiente, algunas artesanías, bordados, tejidos, orfebrería, repostería con un toque y estilo irrepetibles y secretos, pero, insistimos, la redención definitiva de esta bella comarca, está en eso que llaman la industria sin chimeneas: el turismo. Gualaceo tiene atractivos. Gualaceo tiene riquezas, aunque en verdad, en ocasiones, proyecte, en pequeño, la imagen que todos tenemos de esta tierra inocente y hermosa que es el Ecuador: un pordiosero vestido con harapos en un trono de oro. Y, eso no se vale. Con el esfuerzo y el trabajo honesto de todos, se puede alcanzar un futuro más claro y más diáfano. “Hoy, es siempre todavía”, decía el poeta. Y eso sí se vale. Siempre vale.

